

CRISTO SALVADOR ÚNICO Y UNIVERSAL EN ALGUNOS HIMNOS DEL NUEVO TESTAMENTO

En el documento *“El cristianismo y las religiones”* de la Comisión Teológica Internacional (30-9-1996) se parte del supuesto que “reconocemos en Jesucristo, y sólo en Él al Salvador único y universal de la humanidad” (18). Esta afirmación parece constituirse en un obstáculo cuando se intenta “entrar en un diálogo interreligioso” sin considerar a las demás religiones no cristianas “como imperfectas e inferiores” (ibid.).

Sin entrar en el debate que constituye el objeto del Documento, en el presente trabajo se intentará describir la forma en que algunos textos del Nuevo Testamento presentan la unicidad y singularidad de Cristo en la obra de la salvación. De esta manera se mostrará el alcance que tienen aquellos textos a los que frecuentemente se remite la Comisión Teológica Internacional cuando afirma que la admisión de mediaciones paralelas a la de Jesús no es compatible con el mensaje neotestamentario (cf. 39).

La exposición, después de presentar sucintamente el tema «salvación» en el AT y NT, se circunscribirá a los himnos neotestamentarios de impronta helenística. Esta selección se debe ante todo a la posibilidad que permite la extensión del trabajo, y en segundo lugar al hecho de que el pensamiento helenista es el que con mayor claridad se ha planteado el problema de la salvación universal y la resonancia cósmica de la redención. Los textos estudiados se encuentran reunidos principalmente en los números 35-36 del documento de la Comisión Teológica Internacional, pero también son aludidos en otros momentos de su exposición.

La centralidad de Cristo en la predicación apostólica

El kérygma apostólico —a diferencia del predicado por Jesús— se centra en la misma persona del Señor. Jesús había anunciado la llegada del tiempo escatológico y la irrupción del Reino.¹ El anuncio de Jesús —el Reino de Dios— implicaba los cielos nuevos y la tierra nueva, la humanidad renovada. Después de la muerte y la resurrección del Señor los apóstoles comprendieron que el Reino ya se había instaurado en el mundo porque el mismo Jesucristo resucitado era la garantía del triunfo de Dios. Cuando Cristo resucitado se presentó a los ojos de los apóstoles, éstos comprendieron que en Él ya estaban las primicias de esa nueva creación.

De ahí que la predicación de los Apóstoles no pudiera expresarse en los mismos términos que la realizada por Jesús. Él, que al principio había sido el mensajero del Reino, se convierte ahora en el contenido mismo del mensaje, porque el Reino ya ha comenzado a realizarse en Él. Ya no se anunciará más el Reino que viene, sino la presencia del Reino entre nosotros en la persona misma del Resucitado.

La predicación de Jesucristo había tenido como destinatarios a los miembros del pueblo de Israel.² A los discípulos, en el primer envío, se les dio la consigna de no dirigirse ni a los paganos ni a los samaritanos.³ Después de la resurrección del Señor los discípulos conservaron esta misma reserva y se mantuvieron dentro del círculo de los judíos. A pesar de los titubeos y conflictos de estos primeros tiempos, pronto se llegó a tener plena conciencia de que el anuncio debía dirigirse a todos los hombres, porque todos son destinatarios de la salvación realizada en Cristo.

1. "...Jesús se dirigió a Galilea. Allí proclamaba la Buena Noticia de Dios, diciendo: «El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia» (Mc 1, 14-15); "...debo anunciar la Buena Noticia del Reino de Dios, porque para eso he sido enviado" (Lc 4, 43).

2. "Yo he sido enviado solamente a las ovejas perdidas del pueblo de Israel" (Mt\ 15, 24).

3. "No vayan a regiones paganas ni entren en ninguna ciudad de los Samaritanos. Vayan, en cambio, a las ovejas perdidas del pueblo de Israel" (Mt 10, 5-6).

Jesús se había mantenido dentro del círculo de Israel, pero en actitud de apertura hacia los paganos, en continuidad con la línea representada principalmente por el segundo y el tercer Isaías (42, 6; 49, 6; 59, 19). Entre los λόγια de Jesús conservados en la tradición común a Mt/Lc se encuentra el que dice: “*Muchos vendrán de oriente y de occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos*” (Mt 8, 11; Lc 13, 28).⁴ Este era el camino que quedaba señalado para la Iglesia. Así se expresa el Cristo glorioso: “*Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos*” (Mt 28, 19); “*Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación*” (Mc 16, 15); “*...en su Nombre debía predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados*” (Lc 24, 47); “*...serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra*” (Hech 1, 8).

La destinación universal de la predicación y del llamado a la conversión supone que no existe otro salvador. La predicación apostólica evidencia una clara conciencia de que sólo en Jesucristo se encuentra la salvación y que “*no existe bajo el cielo otro nombre dado a los hombres, por el cual podamos alcanzar la salvación*” (Hech 4, 12). Tomando distancia del judaísmo palestinese, y en consonancia con el judaísmo helenista, se desarrollan aquellas líneas del Antiguo Testamento que anuncian una salvación destinada a toda la humanidad. La literatura del judaísmo palestinese se había centrado mucho más en la salvación del pueblo judío, con una nota hostil hacia todo lo pagano, mientras que los judíos helenistas se habían abierto a un horizonte más amplio, en el que se entreveía una salvación destinada a todos los hombres. Esta apertura universalista tenía antecedentes en el Antiguo Testamento, porque algunos profetas –principalmente el Segundo Isaías– habían anunciado una salvación que llegaría hasta los paganos. El monoteísmo de Israel comprendió que esta salvación no podía tener otro origen que no fuera el Único Dios

4. Las traducciones han sido tomadas de “*El Libro del Pueblo de Dios – La Biblia*” Paulinas, Madrid/Buenos Aires 1980, pero cuando la precisión del comentario lo ha exigido, los textos han sido retocados para ajustarlos al original griego, aun cuando la belleza de la expresión castellana haya sufrido detrimento.

de Israel. De esta forma, la afirmación de que Jesús es el único salvador de los hombres se colocaba en la culminación de una línea comenzada en el Antiguo Testamento.

Dios, el único Salvador, en el Antiguo Testamento⁵

En la lengua hebrea se expresa la acción de salvar con términos derivados de la raíz שׁט (la misma raíz del nombre «Jesús»: יהוֹשֻׁעַ). En muchos casos el verbo «salvar» se utiliza en sentido vulgar, como por ejemplo: "...tal vez la joven pidió auxilio, pero no había salvador" (Dt 22, 27; cf. 28, 29. 31; etc.). En el libro de los Jueces adquiere un sentido religioso cuando se llama «salvadores» (מוֹשִׁיעַ - σωτήρ) a los jueces que Dios suscita para salvar a Israel cuando éste se encuentra oprimido por sus enemigos (p. e. 3, 9.15; cf. 12, 3). Pero se nota una tendencia a reservar el término «salvar» para Dios, de modo que el título «Salvador» queda en cierta forma como uno de los títulos divinos.

Yahveh es el Salvador de Israel (cf. Sal 28, 9: *Salva a «tu pueblo»...*). Muchos textos reproducen la expresión "Dios de nuestra salvación":

Dt 32, 15: "*Se apartó de Dios de su salvación*";

1Cr 16, 35: "*Sálvanos, Dios de nuestra salvación*";

Sal. 24, 5: "*recibirá la recompensa del Dios de su salvación*";

25, 5: "*porque tú eres el Dios de mi salvación*";

27, 1: "*Dios es mi luz y mi salvación*";

9: "*no me abandones, Dios de mi salvación*";

62. 2. 2. 7: "*...de Él me viene la salvación, sólo Él es mi roca, mi salvación*";

65. 6: "*Dios de nuestra salvación*" (79, 9); etc.

5. WERNER FOERSTER / GEORG FOHRER, s.v. σώζω, σωτηρία, etc. en: TWNT (G. KITTEL – G. FRIEDRICH, eds.), VIII 965-1024. STANISLAS LYONNET, S.J., *The terminology of "salvation"*, en: *Sin, Redemption, and Sacrifice. A Biblical and Patristic Study* (S. LYONNET / L. SABOURIN), Roma Biblical Institute Press 1970; 63-78. WALTER RADL, s.v. σώζω en: *Exegetical Dictionary of the New Testament* (H. BALZ / G. SCHNEIDER, eds.), Eerdmans – Grand Rapids, Michigan 1993; III, 319-321. KARL HERMANN SCHEKLE, s.v. σωτήρ σωτηρία en: K. BALZ / G. SCHNEIDER, o.c., III, 325-329

En otros casos se le aplica el título «Salvador» recurriendo al participio מוֹשִׁיעַ (“el que salva”, “salvador”): “...a su Dios, que es el salvador...” (1Sam 10, 19); “Fuera de mí no hay salvador” (Os 13, 4; cf. Is 43, 11); “Él (Yahweh) fue para ellos un salvador... no intervino ni un emisario ni un mensajero: Él mismo, en persona, los salvó” (Is 63, 8-9), etc. La Biblia LXX amplía el uso del título «Salvador» (σωτήρ) aplicándolo también en muchos lugares donde el TM utiliza el verbo «salvar».

En casi la mitad de los salmos aparece alguna palabra de la raíz שׁוּׁ. Normalmente el sujeto es Yahweh, y hay dos clases de excepciones: la primera se produce cuando el verbo se usa para decir que no hay otros salvadores: “es inútil la salvación de los hombres” (Sal 60, 13; 108, 13); “simples mortales que no pueden salvar” (146, 3); “no se salva el guerrero por su gran vigor” (33, 16); etc. La segunda es la referencia al Rey Mesías: “...él salvará la vida de los indigentes” (Sal 72, 13).

La unicidad de Dios, confesada diariamente en el *Shema'* (Dt 6,4) lleva a la conclusión de que no puede haber más que un solo salvador para todos los hombres, así como no hay más que un solo creador de todas las cosas. Los profetas afirman claramente que nadie más que Yahweh puede salvar: “Yo, yo solo soy Yahweh, y no hay salvador fuera de mí” (Is 43, 11). Los demás dioses no salvan, por lo tanto no existen: “Que hagan algo, sea bueno o malo, para que lo veamos con asombro y temor. ¡Pero ustedes no son nada y sus obras, menos que nada!” (Is 41, 23-24). Is 45, 20: “suplican a un dios que no puede salvar”; cf. 46, 7; Jer 2, 27-28: “...los que dicen a un trozo de madera: ... «levántate y sálvanos». ¿Dónde están tus dioses...? Que se levanten, si es que pueden salvarte”; Jer 11, 12: “irán a gritar a los dioses... pero ellos no podrán salvarlos”. De la misma manera se dice que los seres humanos no pueden salvar: “¿Dónde está tu rey para salvarte...?” (Os 13, 10); “Asiria no nos salvará...” (Os 14,4); tampoco los astrólogos: “¡Que se presenten y te salven los que investigan el cielo, los que observan las estrellas, los que te pronostican cada luna nueva lo que te va a suceder!” (Is 47, 13).

Dentro de estos antecedentes se abrirá camino la idea de que no podrá haber salvación de toda la humanidad si no es por obra del único Dios. En el Segundo Isaías se dice que Dios realizará esta salvación de toda la humanidad por intermedio de un media-

dor: el Siervo de Yahveh. La singular misión para la que es unguido el Siervo es “*para que llegue mi salvación hasta los confines de la tierra*” (Is 49, 6).

Sin embargo, en los libros griegos del A. T. existen excepciones a la regla de reservar el título de «Salvador» para Dios. Si por una parte se afirma que Dios es el Salvador de todos, también aparecen textos en los cuales el salvador puede ser una criatura: Judas Macabeo fue salvador (σώζων) de su pueblo 1Mac 9,21; el rey Artajerjes se refiere a Mardoqueo llamándolo “*Mardoqueo, nuestro salvador* (σωτήρ)...” (Est 8, 13 LXX); los hombres se salvan confiando en una nave frágil (Sab 14, 5); o en la puerta de su casa (EpJer 58). Bajo los Seléucidas el título “salvador” fue uno de los tantos nombres con que eran llamados los gobernantes, ya que la salvación del pueblo era una tarea propia de ellos. Curiosamente Flavio Josefo nunca usa el título “salvador” para aplicarlo a Dios, sino solamente para salvadores humanos: David (Ant 6, 240), Vespasiano (Bell 7, 71), etc.

En el mundo judío la salvación se había entendido siempre como una liberación de males y peligros de carácter social (invasiones, destierro...) o personal, como la amenaza de muerte, la enfermedad, la calumnia, etc. Pero en el judaísmo helenista se da una tendencia a ver la liberación en el orden interior, en lo ético, en una conversión a una vida más perfecta, etc. Así es la forma en que lo encara Filón de Alejandría, para quien Dios es salvador porque libera de todos los peligros, pero principalmente porque ayuda al alma en sus luchas contra las pasiones; “El dueño y benefactor del mundo, por los bienes que se perciben por los sentidos es llamado Señor y Dios; pero por los bienes que se perciben por el intelecto es llamado Salvador y Benefactor, no Señor y Dios, por lo que el sabio está más cerca de Dios que el esclavo”⁶; “Roguemos para que la mente esté en el alma como una columna en una casa, y de manera semejante, que el justo esté firmemente establecido en medio de la humanidad para curación de todas las enfermedades, porque mientras él esté en buena salud, no se perderá la esperanza de una completa seguridad. Porque yo imagino que Dios, el Salvador, está derramando a través de él su me-

6. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sob.* XI, 55.

dicina que todo lo cura, es decir su propicio y misericordioso poder, sobre todos aquellos que le suplican y le rinden culto, invitándolos a que lo empleen con aquellos que están enfermos, derramándolo como una medicina sobre las heridas que le han infligido dolorosamente en el alma la necedad, la injusticia y toda la otra multitud de vicios.”⁷

Jesucristo, el único Salvador, en el Nuevo Testamento

El NT, en continuidad con la evolución comenzada en el AT, reserva el título de «Salvador» sólo para Dios y para Jesucristo⁸ y le da una amplitud tal que no se reconoce otro Salvador fuera de ellos. Es significativo que el título “Salvador” es aplicado a Dios o a Jesucristo sólo en los escritos más tardíos del NT. La única excepción es Fil 3, 20, en un contexto en el que se indica claramente que es un título de Jesucristo en la escatología: “*esperamos que venga (del cielo) como Salvador el Señor Jesucristo*”. Todos los demás ejemplos están en Lc-Hech, Jn, Ef, Pastorales, 2Pe, 1Jn y Jud. Particularmente en las Pastorales aparece el título «Salvador» aplicado 6 veces a Dios y 4 a Jesucristo. Es importante la fórmula “*el Salvador de todos los hombres*” (1Tim 2, 3ss: “*Dios nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven*”; 4, 10: “*el Dios viviente, que es salvador de todos los hombres*”; Tit 2, 11: “*La gracia de Dios Salvador se ha manifestado a todos los hombres*”). Hay un único ejemplo en Juan en el contexto del diálogo con la Samaritana, que en el contexto del Evangelio es figura de los paganos que llegan a la fe: “*La salvación viene de los judíos (4, 22)... Él (Jesús) es el salvador del mundo (4, 42; cfr 1Jn 4, 14)*”.

Esta acumulación del uso del título “Salvador” en los escritos de finales del siglo I puede tener su explicación por una actitud polémica contra el uso de los títulos utilizados por los gobernantes. En la época pre-cristiana los Ptolomeos y los Seléucidas ha-

7. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Migr. Abr.* 124-125.

8. Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El cristianismo y las religiones*, n. 29.

bían adoptado el título “Salvador”,⁹ así como más tarde el emperador Domiciano (81-96) se apropió del título “dios”, como lo atestigua el historiador Suetonio: “.. Con igual arrogancia, una vez que estaba dictando una carta que se debía enviar en nombre de sus funcionarios, comenzó diciendo: «*Nuestro señor y dios ordena que se haga tal cosa*». De ahí en adelante se estableció que nadie lo llamara de otra manera, ni por escrito ni de palabra” (*Domic.*, XIII).¹⁰

Pero ante todo la explicación se debe buscar en la convicción cristiana de que la salvación universal esperada por Israel ha sido obrada por Dios a través de Jesucristo, y sólo mediante Él: “*Dios nuestro Salvador..., quiere que todos se salven... Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo como rescate por todos...*” (1Tim 2, 3-6). El eco cristiano de la confesión del *Shema*’ de los judíos está en el texto de Ef 4, 5-6: “*Hay un solo Señor, y una sola fe, un solo bautismo y un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos*”.

Los himnos litúrgicos¹¹

La comunidad cristiana, ya desde el siglo I, proclamaba su fe por medio de los himnos que se cantaban en las reuniones litúrgicas, y en los cuales expresaban poéticamente el contenido del kerygma. En varios de estos himnos se proclamaba el papel único y central de Jesucristo en la obra de la salvación. Un indicio de esto se encuentra en la conocida carta que escribió Plinio el joven, gobernador de Bitinia, al emperador Trajano (98-117), al entrar en funciones en esta provincia romana aproximadamente en el año 111: “(los cristianos)... afirmaban que toda su culpa y error

9. GEORG FOHRER, s.v. σωτήρ, en: ThWNT (Kittel-Friedrich, eds.); VII, 1009-1012.

10. SUÉTONE, *Vie des douze Césars*, Texte établi et traduit par Henri Ailloud. Paris – Les Belles Lettres – 1932; III, 92.

11. Sobre los himnos cristológicos de la Iglesia Primitiva cf.: FR. SERAFÍN DE AUSEJO OFMCAP., *¿Es un himno a Cristo el prólogo de San Juan?*, EstBib 15 (1956) 223-277; 381-427

consistía en que acostumbraban reunirse en un día determinado, antes de la salida del sol, y cantarle alternadamente un himno a Cristo como a un dios.”¹² Con esto concuerda lo que afirma Eusebio de Cesarea. Cuando este historiador argumenta desde la tradición contra Artemón, un negador de la divinidad de Cristo, recurre –como argumento teológico– a lo que escribieron los Santos Padres y a lo que los fieles cantan en las iglesias: “¿Quién desconoce los libros de Ireneo, de Melitón y de los demás, que proclaman a Cristo Dios y hombre? ¿Y los muchos salmos y cánticos escritos desde el principio por hermanos creyentes que cantan himnos a la Palabra de Dios, a Cristo, atribuyéndole la divinidad (θεολογουντες)?.”¹³ El Nuevo Testamento ha recogido varios de estos himnos que destacan el papel singular de Cristo en la historia de la salvación.

El himno de Ef 1, 3-14 ¹⁴

3 Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido **en Cristo**
con toda clase de bienes espirituales en el cielo,
4 en cuanto nos ha elegido **en Él**, antes de la creación del
mundo,
para que fuéramos santos
e irreprochables en su presencia, por el amor.

5 Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos,
por medio de Jesucristo,
conforme al beneplácito de su voluntad,
6 para alabanza de la gloria de su gracia
que nos dio **en el Amado**.

12. PLINIO EL JOVEN, *Epist.* X, 96, 7: “...quod essent soliti stato die ante lucem convenire carmenque Christo quasi deo dicere secum invicem”.

13. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica*, V, 28, 5.

14. HANS CONZELMANN, *Epístola a los Efesios*, en: *Epístolas de la Cautividad. Texto y comentario* (CONZELMANN / FRIEDRICH), Fax, Madrid 1972; 19-26. PAUL J. KOBELSKI, *The Letter to the Ephesians*, en: *The New Jerome Biblical Commentary* (R.E.BROWN – J.A.FITZMYER – R.E.MURPHY, eds.), Prentice Hall – Englewood Cliffs, NJ – 1990; 886-887. HEINRICH SCHLIER, *Carta a los Efesios*, Sigueme, Salamanca . MAX ZERWICK S.J., *Carta a los Efesios*, Herder, Barcelona 1975; 20-39.

7 **En Él** tenemos la redención por su sangre
 –el perdón de los pecados–
 según la riqueza de su gracia,
 8 que Dios derramó sobre nosotros,
 con toda sabiduría y entendimiento,
 9 dándonos a conocer el misterio de su voluntad,
 conforme al designio misericordioso
 que en **Él** estableció de antemano
 10 para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos:
 reunir **en Cristo** todas las cosas bajo una sola cabeza,
 las del cielo y las de la tierra, **en Él**.

11 **En Él** también nosotros, los que hemos mantenido la esperanza,
 hemos sido predestinados a tener como herencia
 –según el previo designio del que realiza todas las cosas
 conforme a su voluntad–
 12 el estar **en Cristo** para alabanza de su gloria.

13 **En Él** también ustedes, los que escucharon la Palabra de la verdad, –la Buena noticia de la salvación de ustedes– y creyeron,
en Él también han sido marcados con un sello
 por el Espíritu Santo prometido.

14 Ese Espíritu es el anticipo de nuestra herencia
 y prepara la redención del Pueblo que Dios adquirió para sí,
 para alabanza de su gloria.

El himno introductorio de la carta a los Efesios (Ef 1, 3-14) es una acción de gracias a Dios Padre por la obra de la salvación prevista y realizada “*en Cristo*”. Continúa con una oración por los destinatarios, que comienza con otra acción de gracias (1, 15-16) para convertirse finalmente en una súplica (1, 17-19), que después de algunas consideraciones intercaladas concluye con la doxología de 3, 20-21. Esto le da un tono indudablemente litúrgico a toda la carta.

El himno introductorio de Ef tiene la forma de una “bendición”. En los textos bíblicos la «bendición» es una acción de gracias que tiene como destinatario a Dios. Las palabras iniciales

“*Bendito sea Dios...*” se corresponden con las de otras acciones de gracias de la liturgia del judaísmo,¹⁵ que por eso mismo son conocidas con el nombre de «bendiciones»: Dios ha bendecido a los hombres enriqueciéndolos con sus dones, y los hombres bendicen a Dios al reconocer que es el causante de esos bienes.

El motivo de la «bendición» de Ef 1, 3-14 son las acciones salvíficas realizadas por Dios en los creyentes y que se resumen en el participio que en forma de título acompaña al nombre de Dios: *Él nos ha bendecido*. Esta bendición se describe luego por medio de tres verbos principales: *nos eligió* (4-6a), *nos dio (su gracia)* (6b-7), y *derramó (su gracia sobre nosotros)* (8-10), y finalmente con otros dos participios: *nos predestinó* (5) y *dándonos a conocer* (9), además de un relativo *en Él tenemos* (7). En el v. 11 se añade una nueva acción divina, expresada esta vez en pasivo (primera persona plural) *hemos sido constituidos herederos*. Los bienes recibidos pertenecen al orden de lo espiritual y se han dado con abundancia y en totalidad: “*toda clase de bienes espirituales*” (v. 3c).

Se indica –insistentemente– que todas estas acciones se verifican *en Cristo*. Los creyentes son bendecidos *en Cristo* y (lit.) *en lo que está sobre el cielo* (ἐν τοῖς ἐπουρανίοις ἐν Χριστῷ), indicando así que todos son elevados con Cristo al orden de las cosas celestiales. La elección de los creyentes ha tenido lugar antes de que existieran todas las cosas: en la elección y predestinación de Cristo ya estaban previstos todos los que luego creerían en Él.

En Él se verifica el propósito de la voluntad de Dios (el “misterio”): elección, predestinación, remisión de los pecados e iniciación al misterio, y en ese propósito están incluidos todos los creyentes. En Él se reconcilian judíos y gentiles: “*nosotros*” y “*ustedes*” de los vv. 11-14. La creación entera encuentra su vértice en Cristo: todas las cosas del cielo y de la tierra se unen bajo una sola cabeza “*en Cristo*”. Con la expresión “reunir bajo una sola cabeza” se ha traducido el verbo ἀνακεφαλαιῶσασθαι. Este ver-

15. Ver, p. e., en el libro de los Salmos: 41, 14; 72, 18; 106, 48 (cf. 1Cr 16, 36). Ver también 1Re 1, 48; 1Cr 29, 10; Esd 7, 27; y Lc 1, 68-79.

bo se traduce normalmente por «resumir».¹⁶ San Pablo en Rom 13, 9 lo usa con ese mismo sentido: *resumir todos los preceptos en uno*. Pero puede ser aplicado de distintas maneras y de hecho se lo traduce también de otras formas. Los comentaristas disienten en el momento de decidir cuál es la traducción que corresponde en este texto de Efesios 1, 10. Traducen: poner una cabeza,¹⁷ recapitular,¹⁸ restaurar,¹⁹ instaurar,²⁰ etc. Todas estas traducciones indican aspectos que deben ser tenidos en cuenta en el momento de interpretar este versículo. En este caso se entiende en el sentido de que Dios da al universo una cabeza bajo la cual todo se unifica: “Él puso todas las cosas bajo sus pies y lo constituyó, por encima de todo, Cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo y la Plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas” (Ef 1, 22-23). Cristo se convierte en cabeza del todo, en cuanto es cabeza

16. Este es el único significado que le atribuye LIDDELL-SCOTT, *Greek-English Lexicon*, Oxford 1968; 108.

17. P. e. SAN JUAN CRISÓSTOMO: “¿Qué significa ἀνακεφαλαιώσασθαι Significa abreviar, resumir... decir en pocas palabras lo que ha sido dicho detalladamente... Pero también significa otra cosa: Puso una cabeza a todos. Esto es, a Cristo según la carne lo puso como cabeza de los ángeles y de los hombres. Es decir, le puso un mismo principio a los ángeles y a los hombres, a éstos el que es según la carne, a aquellos el Verbo Dios” *Hom. In Eph cap. I, I, 4*; PG LXII, 16.

18. P. e. TERTULLIANO: “...recapitular todas las cosas en Cristo, esto es, volver al comienzo o hacer una recensión desde el principio” *Adv. Marc.* V, 17; CCL I, 712.

Y también SAN JERÓNIMO: “En lugar de *recapitulare* en los códices latinos está escrito *instaurare*. Me admira que estos traductores no hayan usado la misma palabra que está en griego, cuando la dialéctica y la filosofía se han permitido decirlo como en griego. Porque los oradores, al final de las causas, en el epílogo o antes, acostumbran hacer una «recordación», es decir una ἀνακεφαλαιώσις” para la memoria de los jueces y de aquellos que han oído el asunto. De tal modo que resumen en una sola frase breve lo que antes han discutido largamente, y cada uno comienza a recordar lo que oyó al principio. Por lo tanto, en este lugar el sentido es el siguiente: la venida del Hijo de Dios estaba prometida en toda la economía que comenzó antes de que existiera el mundo y después en el mundo, tanto con respecto a las creaturas visibles como a las invisibles”. *Comm. in Eph. I, 1*; PL XXVI, 453-454.

19. P. e. AMBROSIAS: “Todas las creaturas del cielo y de la tierra, cuando conocen a Cristo, se restauran a aquello para lo que fueron creadas. Cuando se instruyen en la fe del único Dios, conociendo el misterio del Salvador, se restauran del error que habían comenzado, sosteniendo con certeza que uno solo su Dios y Señor” *Comm. ad Eph 1, 10*; PL XVII 395-396.

20. Así la Biblia Vulgata: *instaurare omnia in Christo* (a pesar de que esta traducción es criticada por San Jerónimo). También San Agustín, que depende de esta traducción latina.

de la Iglesia y por medio de ella, abraza la totalidad de lo existente, el πλήρωμα (1, 23).

En las cartas auténticas de San Pablo el Cuerpo es Cristo y todos los creyentes son sus miembros. En las cartas de la tradición paulina (Ef-Col) el cuerpo se diferencia de Cristo: Cristo es la cabeza y el cuerpo lleva un nuevo nombre: es la Iglesia: "...Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo..." (Ef 1, 22-23); "Cristo es la Cabeza y el Salvador de la Iglesia, que es su Cuerpo" (Ef 5, 23); "Él es la Cabeza del Cuerpo, es decir, de la Iglesia" (Col 1, 18). Se debe indicar también otra diferencia notable: en las cartas auténticas el Cuerpo está constituido por todos los creyentes que son sumergidos, bautizados, en Cristo. En las cartas de la tradición paulina, el Cuerpo incluye todo lo existente: "...reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo una sola Cabeza, que es Cristo" (Ef 1, 10).²¹ El autor desarrolla la idea iniciada por san Pablo en la carta a los Romanos: "Toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios... porque también la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (Rom 8, 19-22). De esta manera explícita la repercusión cósmica de la obra salvífica realizada en Cristo.

En este himno se eleva la acción de gracias a Dios porque todo el cúmulo de los bienes salvíficos ha llegado a los hombres en Cristo. De esta redención se benefician no sólo los seres humanos sino toda la creación. Desde toda la eternidad Dios ha establecido el plan de restaurar todas las cosas en Cristo y no se puede suponer que alguna criatura encuentre la salvación fuera de Él o que haya una posibilidad de otro centro de salvación fuera de Cristo.

21. PIERRE BENOIT O.P., *Corps, Tête et Plérôme dans les épîtres de la captivité*, RB LXIII, 1956; 5-44; id. *L'Église Corps du Christ*, en: PIERRE BENOIT O.P., *Exégèse et Théologie*, Du Cerf Paris 1961; II 107-153. id. *L'aspect physique et cosmique du salut dans les écrits pauliniens*, en: COMMISSION BIBLIQUE PONTIFICALE, *Bible et Christologie*, Du Cerf Paris 1984; 253-269.

El himno de Col 1, 15-20 ²²

15 Él (*Jesucristo*) es la Imagen del Dios invisible,
el Primogénito de **toda** la creación,

16 porque en Él fueron creadas **todas** las cosas,
tanto en los cielos como en la tierra,
los seres visibles y los invisibles,
tronos, dominaciones, principados y potestades,
todo fue creado por Medio de Él y para Él.

17 Él existe antes que **todas** las cosas
y **todo** subsiste en Él.

18 Él es también la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia.
Él es el Principio,
Primogénito de los muertos,

A fin de que Él tuviera la primacía en **todo**,

19 porque Dios quiso que en Él residiera **toda** la plenitud.

20 y por medio de Él quiso reconciliar consigo **todas** las cosas,
restableciendo la paz por la sangre de su cruz, por medio de Él,
tanto las cosas que están sobre la tierra
como las que están en los cielos.

El himno que se incorpora en el capítulo 1 de Colosenses (Col 1, 15-20) se presenta como una acción de gracias después de lo enunciado en los versículos precedentes: "...*darán gracias con alegría al Padre, que nos ha hecho dignos de participar de la herencia luminosa de los santos. Porque Él nos libró del poder de las tinieblas y nos hizo entrar en el Reino de su Hijo muy querido, en quien tenemos la redención y el perdón de los pecados*" (Col 1, 12-14).

22. HANS CONZELMANN, *Epístola a los Colosenses*, en: *Epístolas de la Cautividad. Texto y comentario* (CONZELMANN/FRIEDRICH), Fax, Madrid, 1972, 189-197. MAURYA P. HORGAN, *The Letter to the Colossians*, en: *The New Jerome Biblical Commentary* (R. BROWN - J.A. FITZMYER - R.E. MURPHY, eds.), Prentice Hall Englewood Cliffs NJ, 1990, 879-880; FRANZ MUSSNER, *Carta a los Colosenses*; Herder, Barcelona 1979; 37-47; EDUARD SCHWEIZER, *La Carta a los Colosenses*; Sígueme, Salamanca, 1987; 55-82.

La obra se refiere a la preeminencia que tiene Cristo sobre todo lo existente y se estructura en dos partes. Los vv. 15-17 se refieren al papel de Cristo en el orden de la creación, mientras que los vv. 18-20 a su obra y lugar en el orden de la redención. Acenúa el hecho de que todo tiene su explicación en Cristo (8 veces la palabra «todo»): no hay nada en el mundo creado y restaurado que se pueda explicar sin Él.

Como en el resto de la carta, el autor asume una actitud polémica contra el dualismo ontológico que privilegia el mundo espiritual despreciando lo material. Esta doctrina comienza a manifestarse dentro de algunos grupos cristianos y en el siglo II constituirá uno de los componentes de las corrientes gnósticas. Preocupado por esta clase de afirmaciones, se muestra claramente en el himno que tanto la creación como la redención, el mundo espiritual y el material, provienen del mismo Dios y todo ha sido realizado por medio de Jesucristo.

Primera parte: vv. 15-17. Las expresiones “*Imagen del Dios invisible*” y “*Primogénito de la creación*” identifican a Cristo como “primer Adán”, el del cap. 1 del Génesis, hecho “imagen y semejanza de Dios” (Gn 1, 26), no el Adán hecho de barro del cap. 2, que se rebeló contra Dios y mereció la muerte.²³ Quien realiza en su plenitud la imagen de Dios es Cristo. El título de “Primogénito de toda la creación” podría dar a entender que es una cria-

23. San Pablo supone también esta distinción en 1Cor 15, 45-49. Una exposición más detallada de esta distinción puede encontrarse en FILÓN DE ALEJANDRIA: “Hay dos clases de hombres, el celestial y el terrenal. El celestial, que fue creado «a imagen de Dios» no tiene nada en común con la materia corruptible y terrenal. En cambio el hombre terrenal fue hecho de la materia inconsistente que él llama «polvo». Por esta razón no dice que el hombre celestial fue «hecho» sino que fue «formado» «según la imagen de Dios». Pero del hombre terrenal dice que fue hecho por el Creador, y no que haya sido engendrado por Él” (*De leg. Alleg.* I, XII, 31). “Moisés dice que «Dios hizo al hombre tomando polvo de la tierra e inspirándole en su rostro el aliento de vida» (Gn 2, 7). Con estas palabras muestra claramente que hay una gran diferencia entre el hombre que es hecho ahora y el primer hombre que fue hecho «a imagen de Dios». Porque el hombre que es hecho ahora se percibe por los sentidos, participa de cualidades, está compuesto de cuerpo y alma, es varón o mujer, es mortal por naturaleza. En cambio el hombre que «fue hecho a imagen de Dios» era una idea, o un género, o un sello, era perceptible solamente por la inteligencia, era incorpóreo, no era ni varón ni mujer, era incorruptible por naturaleza” (*De opif. Mundi*, XLVI, 134).

tura más, pero desde el momento que todo ha sido hecho por medio de Él, en Él y para Él, y que nada tiene explicación sin Él, entonces debe ser entendido como que es el modelo de todo lo que ha sido creado.²⁴ Aun el mismo mundo de los adversarios (tronos, dominaciones, principados, potestades) existe porque ha sido creado por Él, aunque luego Él los venza, los avergüence y los incorpore en su cortejo triunfal (2,15).

Segunda parte: vv. 18-20: También, como “nuevo Adán”, es el principio de la humanidad restaurada, porque es el primero de los resucitados (otra vez el término *Primogénito* v. 18) y en Él se reconcilia toda la creación. La restauración se realiza por medio de la muerte redentora de Cristo, aludida con la fórmula “*por la sangre de su cruz*”. La redención se realiza por medio de elementos materiales (sangre – cruz), en clara oposición a los que despreciaban la materia.

En este orden de la creación restaurada se introduce una nueva realidad: la Iglesia, de la que Cristo es la Cabeza. Es un concepto que se aparta en varios puntos del que aparece en las cartas auténticas de san Pablo. En estas cartas se utiliza el término «Iglesia» para designar las comunidades locales. Pero en las cartas de la tradición paulina (Ef-Col) la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, en el que se integra todo lo existente (“*tanto las cosas que están sobre la tierra como las que están en los cielos*” v. 20), y que es llamada “*plenitud*” πλήρωμα como en Ef 1, 23.²⁵

Por el designio de Dios la restauración de toda la creación se debe cumplir en la Iglesia, en la que todo lo existente se reconcilia con Dios. De ahí que todos los hombres alcancen en Cristo su madurez (1,28). La vocación inicial de todos los hombres de ser “imagen y semejanza de Dios” se alcanza finalmente cuando estos se integran en el cuerpo de Cristo.

24. FILÓN DE ALEJANDRÍA: “La sombra de Dios es el Λόγος”, que Él usó como un instrumento cuando estaba creando el mundo. Y esta sombra, como si fuera el modelo, es el arquetipo de todas las cosas. Porque así como Dios mismo es el modelo de esta imagen que él ahora ha llamado «sombra», así también esta imagen es el modelo de las otras cosas” (*Legum alleg.* III, XXXI (96).

25. JÜRGEN ROLOFF, s.v. εκκλησία en: *Exegetical Dictionary of the New Testament* (H. BALZ / G. SCHNEIDER, eds.), Eerdmans, Grand Rapids, Mich. 1994; I 410-415. KARL LUDWIG SCHMIDT, s.v. καλέω, εκκλησία en: TWNT (G. KITTEL, edit.), III 509.

Al ser Cabeza de la Iglesia Cristo realiza el último paso del designio de Dios: Aquel por medio del cual todo fue hecho, ahora también concentra en su mismo cuerpo todo lo existente: todo es por Él y para Él.

El prólogo del evangelio de Juan (Jn 1, 1-18) ²⁶

¹ Al principio existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la palabra era (*lo que es*) Dios.

² Al principio estaba junto a Dios.

³ Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra
y sin ella no se hizo nada.

Lo que existe ⁴ en ella era la vida,
y la vida era la luz de los hombres.

⁵ La luz brilla en las tinieblas
y las tinieblas no la vencieron. (...)

⁹ Era la luz verdadera
que, al venir a este mundo,
ilumina a todo hombre.

¹⁰ Estaba en el mundo,
y el mundo fue hecho por medio de ella,
y el mundo no la conoció.

¹¹ Vino a los suyos,
y los suyos no la recibieron.

¹² Pero a todos los que la recibieron
les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios,
a los que creen en su Nombre,

¹³ que no nacieron de la sangre,
ni de la voluntad de la carne,
ni de la voluntad del varón, sino de Dios.

26. Cf. XAVIER LÉON-DUFOUR S.J., *Lectura del Evangelio de Juan*, Sígueme, Salamanca 1989; I, 31-118. RAYMOND E. BROWN SS., *The Gospel according to John*, Anchor Bible 29; Doubleday, Garden City, NY 1966; I 1-37; PHEME PERKINS, *The Gospel according to John*, en: *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs NJ 1990; 951-952. RUDOLF SCHNACKENBURG, *El Evangelio según san Juan*, Herder, Barcelona 1980; 241-296.

14 Y la Palabra se hizo carne
 y plantó su carpa en medio de nosotros.
 Y nosotros hemos contemplado su gloria,
 la gloria que recibe del Padre como Hijo único,
 pleno de gracia y de verdad, (...)
 16 y de esta plenitud todos nosotros hemos participado
 y (*hemos recibido*) gracia sobre gracia:
 17 porque la Ley fue dada por medio de Moisés,
 pero la gracia y la verdad se han realizado por Jesucristo.
 18 Nadie ha visto jamás a Dios;
 el que lo ha revelado es el Dios Hijo único
 que está sobre el pecho del Padre.

El Evangelio de Juan adelanta a la época de la existencia terrenal de Jesucristo los rasgos del Señor Glorificado. En consonancia con esta presentación, Jesús es reconocido ya desde ese momento como el Salvador de todo el mundo (cf. 4, 42; 1Jn 4, 14), que envía a sus discípulos al mundo.²⁷ El Evangelio está ordenado en la forma de una progresiva revelación que llega a su momento culminante en la «hora» de Jesús, en la «elevación» en la cruz, que se identifica con el momento de su regreso a la gloria que tenía antes que existiese el mundo (cf. 13, 1; 17, 5.24).

La primera página del evangelio de Juan contiene una obertura coral en la que los creyentes cantan un himno a la Palabra de Dios. En este concepto de "Palabra" se amalgaman armoniosamente conceptos y contenidos del Antiguo Testamento con expresiones que llevan el sello de la cultura judeo-alejandrina.²⁸

En el judaísmo post-bíblico, y con antecedentes dentro de la misma Biblia, se destaca la tendencia a evitar el uso del nombre de Yahveh como sujeto de acciones, sobre todo cuando éstas implican un contacto directo de Dios con lo terrenal. Se recurre entonces a expresiones equivalentes que reemplazan el nombre del Señor: la Palabra, la Sabiduría, la Gloria, la Presencia, el Lugar,

27. "Así como tú me enviaste al mundo, yo también los envío al mundo" (Jn 17, 18).

28. Sobre el Λόγος": RAYMOND E. BROWN, o. c., I 519-524; RUDOLF SCHNACKENBURG, o. c., I 296-308.

etc. En el prólogo de Juan se encuentra en primer lugar el término «Palabra», que es equivalente a «Sabiduría» y que finalmente aparecerá como «Presencia». Por supuesto que para los judíos estos nombres no significaban nada más que términos que reemplazan el nombre de Dios. De ninguna manera se podía pensar todavía en una hipóstasis. Esta novedad llegará con el cristianismo.

Según Gn 1, Dios ha hecho todo por medio de su Palabra (cf. Sal 33, 6). La tradición bíblica ha elaborado este concepto, mostrando que la palabra creadora es también la palabra que expresa la voluntad divina en la Ley, es la palabra que revela el misterio de Dios en los Profetas, y que preexiste junto a Dios como Sabiduría. La Ley es llamada “Palabra de Dios” (cf. Ex 34, 28); frecuentemente se dice en los libros proféticos que “*la Palabra de Yahveh fue dirigida al Profeta...*” (cf. Is 1, 10; 2, 1; Jer 1, 2-4; Os 1, 1; Miq 1, 1; Jl 1, 1; Jon 1, 1; 3, 1 Sof 1, 1; etc.). La Sabiduría, como Palabra de Dios, también “*salió de la boca del Altísimo*” (Sir 24, 3) y se identifica con la Ley (Sir 24, 23; Barc 4, 1).

Pero también Filón habla del Λόγος a través del cual Dios ha hecho todas las cosas y gobierna el universo.²⁹ Este Λόγος es la imagen de Dios, que a su vez imprime la imagen divina en todos los seres que crea, especialmente en el ser humano.

v. 1-2

El prólogo de Juan es un himno a la Palabra de Dios. Esta es contemplada con todos los atributos que ha recibido durante toda su trayectoria dentro del Antiguo Testamento y del judaísmo post-bíblico. La Palabra es presentada como preexistiendo desde toda la eternidad. Retomando las palabras iniciales del Génesis “*En el principio*” (Gn 1, 1; Jn 1, 1), describe la situación de la Palabra antes de la creación del mundo: estaba junto a Dios. La Sa-

29. FILÓN DE ALEJANDRÍA, *De plant.* 8-9; *De Somniis*, 1, 241; *Quis rerum*, 36.

Filón interpreta alegóricamente las vestiduras del Sumo Sacerdote: la túnica, por sus colores y bordados, representa el universo; el Sumo Sacerdote, cuando aparece revestido con esta túnica, representa al Λόγος” en su acción de gobernar y conservar el universo (*De fuga*, 108-112; *De vita Moysis*, II, 109-135). Esta interpretación aparece también en el Libro de la Sabiduría 18, 24: “...en sus vestiduras sacerdotales estaba el universo entero...”.

biduría ocupa el trono junto a Dios (Sab 9, 4) y tiene los mismos rasgos divinos: “*era lo que es Dios*” (Jn 1, 1).

v. 3-5

La Palabra, como Sabiduría, participa en la obra de la creación: “*...hiciste todas las cosas con tu Palabra, y con tu Sabiduría formaste al hombre*” (Sab 9, 1-2); “*Cuando él afianzaba el cielo, yo estaba allí... yo estaba a su lado como arquitecto*” (Prov 8, 27-30).

“*Lo que existe en ella era la vida, y la vida era la luz de los hombres*”. Luz y vida son conceptos que se corresponden. Mientras que para el mundo griego la luz está asociada con el conocimiento, en la expresión semítica la luz es imagen de la vida, que se opone a las tinieblas del sepulcro y de la muerte. Por esa razón, la Palabra, al mismo tiempo que creadora es salvadora. Ella es portadora de la vida y la luz para los hombres. Quienes reciben esta Palabra quedan por eso mismo iluminados y vivificados por la luz y la vida que proceden de Dios.

v. 9

La Palabra/Sabiduría también se ha hecho presente en el mundo para iluminar a todos los hombres. Con esta afirmación el autor del himno introduce una idea universalista que va mucho más allá de lo que afirmaban los textos del Antiguo Testamento. En Proverbios la Sabiduría dice: “*...mi delicia era estar con los hijos de los hombres*” (Prov 8, 31), pero los libros de Baruc y de Sirac precisan que la Sabiduría habita exclusivamente en Israel (Bar 3, 37-38; Sir 24, 7-8). El prólogo de Juan, en cambio, afirma que la Palabra “*al venir a este mundo, ilumina a todo hombre*” (v. 9), reconociendo de esta forma una actuación de la Sabiduría divina en toda la humanidad antes de la particular revelación a Israel. Hay en esto un reconocimiento de que todo lo bueno que hay en el pensamiento y en la vida de los hombres procede del mismo Λόγος de Dios.

v. 10

La Sabiduría se revela a todos los pueblos por medio de su obra que es la creación: “*Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por ella, pero el mundo no la conoció*”. El hombre es capaz de conocer a Dios a través de la contemplación de la obra creada, pero la historia demuestra que de hecho se pierde en sus errores y no alcanza este conocimiento. Se reconocen en este lugar los ecos de la apologética alejandrina sobre el conocimiento del Dios ver-

dadero: “*porque a partir de la grandeza y hermosura de las cosas, se llega, por analogía, a contemplar a su Autor*” (Sab 13, 5). Sin embargo, “*los hombres... a partir de las cosas visibles, no fueron capaces de conocer a «Aquel que es»*” (Sab 13, 1; también san Pablo: “*el mundo, con su sabiduría, no reconoció a Dios en las obras que manifiestan su sabiduría*” 1Cor 2, 21).

v. 11

En otro intento por entrar en diálogo con los hombres, la Palabra/Sabiduría es enviada de una manera singular al pueblo de Israel como Ley y como Profecía: “*Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron*”. Así como el mundo no conoció la Palabra revelada en la creación, aquellos que aquí son llamados «*los suyos*» se negaron a recibirla cuando ella les fue enviada. Los «*suyos*» son los miembros del pueblo de Israel, la propiedad particular de Dios: “*Ustedes serán mi propiedad exclusiva ente todos los pueblos*” (Ex 19, 5); “*Tú eres un pueblo consagrado a Yahveh, tu Dios, y él te eligió para que fueras su propio Pueblo, prefiriéndote a todos los demás pueblos de la tierra*” (Dt 14, 1). La Palabra de Dios fue dirigida a este pueblo a través de Moisés y los Profetas, pero Israel no quiso recibirla. En la historia que describe el Antiguo Testamento se suceden alternadamente períodos de penitencia y reincidencias en la apostasía. Dios no niega su perdón a su propio pueblo, pero este constantemente rechaza la Palabra de Dios (cf. 2Re 17, 13-20; 2Cr 36,15-16; Neh 9, 26.29; Bar 1, 21-22).

v. 14

El himno llega a su punto culminante. La Palabra de Dios realiza el último intento por entrar en diálogo con los hombres. Como el lenguaje humano –la Ley y los Profetas– no ha sido suficiente para que los hombres la reciban, la Palabra asume finalmente la carne humana.

Al escoger la palabra «*carne*» señala el aspecto de debilidad que hay en el hombre: lo que es pasible y mortal. Esta es la manifestación final y definitiva de la Palabra de Dios.

El término utilizado por el prólogo de Juan para indicar la presencia de la Palabra hecha carne es ἐσκήνωσεν que indica, literalmente, «plantar una carpa». Este término aparece en este lugar después de una larga trayectoria en el Antiguo Testamento.

El relato bíblico se dice que mientras el pueblo se encontraba en el desierto, mucho antes de la construcción del Templo, Moi-

sés había instalado una carpa en medio³⁰ del campamento de Israel. En esta carpa se manifestaba Yahveh y era el primitivo lugar de culto (Ex 26; 33, 7-11). En la literatura sapiencial se dice que la Sabiduría, después de recorrer toda la creación, recibió el orden de fijar una morada definitiva en Israel: *“El Creador de todas las cosas me dio una orden, el que me creó me hizo instalar mi carpa, él me dijo: Levanta tu carpa en Jacob y fija tu herencia en Israel”* (Sir 24, 8). La Sabiduría habita en esa carpa y en ella oficia como sacerdote (Sir 24, 10).

Para hablar de la manifestación de Dios en la tierra, en el judaísmo post-bíblico se utiliza el término שְׁכִינָה (*shekinah* = habitación). Donde el texto hebreo del Antiguo Testamento dice “Dios habita...” (p. e. Gen 9, 27; 28, 16; Ex 25, 8; 29, 45, etc.), el Targum traduce: “La *Shekinah* (o: la Gloria de la *Shekinah*) habita...”³¹ La Biblia LXX traduce preferentemente las expresiones que se refieren a la habitación de Dios en medio de su pueblo con el verbo κατασκηνοῦν y con el nombre σκηνή = carpa, de pronunciación semejante al hebreo *shekinah*.³² Este uso pasa también al Nuevo Testamento. Un ejemplo muy claro es el de Apc 21, 3: *“Esta es la carpa (σκηνή) de Dios entre los hombres: Él habitará (σκηνώσει) con ellos, ellos serán su Pueblo, y el mismo Dios que estará con ellos será su Dios”*.

En el himno del prólogo de Juan se retoma el tema de la Palabra/Sabiduría que ingresa a este mundo para instalar su carpa. Pero es precisamente en este punto donde se introduce el mensaje de la novedad cristiana: dejando atrás todos los intentos del Antiguo Testamento, en este momento final la Palabra vino a *“instalar su carpa en medio de nosotros”*, y el lugar de encuentro entre Dios y los hombres, el medio a través del cual y en el cual Dios se revela definitivamente, es la carne de Jesucristo. En Él se hace presente la Carpa del encuentro y la *shekinah* de Dios. Lo

30. Según el texto de Ex 33, 7 la carpa se encuentra *“fuera del campamento, a una cierta distancia”*, pero en Num 2, 2 se ordena: *“los israelitas acamparán alrededor de la Carpa del Encuentro”* (cf. Num 5, 3).

31. ALEJANDRO DIEZ MACHO, *Neophyti 1, Ms de la Biblioteca Vaticana*, Madrid/Barcelona, 1968-79.

32. A.R.HULST, s.v. שְׁכִינָה en: *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento* (E. JENNI / C. WESTERMANN, eds.), Cristiandad, Madrid 1985; II 1137.

que en el judaísmo se había entendido solamente como un nombre que reemplazaba el inefable nombre divino, ahora se presenta con una identidad propia en la humanidad de Jesús.

En el Hijo Único Jesucristo, la Palabra del Padre, se encuentran en forma plena los atributos divinos “*la gracia y la verdad*”, que corresponden a la “*misericordia y fidelidad*” de la proclamación del Antiguo Testamento (cf. Ex 34, 6: “*Yahveh es un Dios compasivo y bondadoso, lento para enojarse, y pródigo en misericordia y fidelidad*”).

v. 18

El himno concluye afirmando taxativamente que nadie ha podido ver nunca a Dios.³³ El Hijo Único, que en este caso lleva también el título «*Dios*»,³⁴ es el único que puede revelar al Padre porque es su única Palabra y es el único que ha visto al Padre (cf. Jn 3, 13; 7, 28-29; 8, 26.28.38.40; 12, 49; 14, 10; 17, 7-8). Él “*está sobre el pecho del Padre*”: esta posición con respecto al Padre muestra gráficamente su cercanía y el conocimiento de su intimidad.³⁵

La revelación de lo divino no se da solamente en las palabras de Jesús. También su humanidad, su carne, es reveladora hasta el punto de que verlo a Él es ver al Padre (cf. Jn 12, 45; 14, 9). También sus gestos son reveladores de la condición divina y de la misión de Cristo. Entre ellos Juan escoge los siete *signos* que adelantan de cierta forma la manifestación definitiva de su gloria en su muerte y resurrección (Cf. Jn 2, 11 “*Este fue el primero de los signos de Jesús... Así manifestó su gloria...*”). La humanidad de Jesús deja traslucir el misterio de su divinidad.

33. Esta afirmación, que hace eco a Ex 33,20 (“*ningún hombre puede verme y seguir viviendo*”), impide leer de forma a-crítica textos como Ex 24, 9-11 y otros semejantes.

34. Este título está ausente en varios manuscritos, es aceptado por R. Brown y X. Léon-Dufour, pero rechazado por R. Schnackenburg. El *Nouum Testamentum Graece* (NESTLE-ALAND) ed. XXVII (Stuttgart-1993) adopta esta lectura apoyándose en el testimonio de los papiros P66 y P75. Cf. BRUCE M. METZGER, *A textual commentary on The Greek New Testament*. (Second edition); Stuttgart-1994.

35. Se trata de la misma situación del Discípulo Amado con respecto a Jesús (13, 23). Expresa la predilección y la comunicación de confidencias. Los demás discípulos (¡Pedro!) deben recurrir a él para conocer el exacto sentido de las palabras misteriosas de Jesús.

La manifestación de Dios en Jesucristo coloca al hombre ante la opción: negarse a reconocer en Él al Hijo de Dios es «el Pecado», que abandona al hombre en su condición de muerte y perdición definitiva: “*Si no creen que «Yo Soy» morirán en sus pecados*” (8, 24). La aceptación de Jesucristo como Hijo Único de Dios, igual al Padre, es la condición para pasar de la muerte a la vida, esto es, para hacerse acreedor de su obra salvadora. “*El que cree en el Hijo tiene la vida eterna*” (Jn 3, 36), “*...ha pasado de la muerte a la vida*” (5, 24).

El Evangelio de Juan no deja lugar a dudas: la revelación salvadora de Dios se da sólo en Cristo y fuera de Él no existe otro camino para conocer a Dios y recibir la vida. Ante todos los intentos humanos de expresar lo que es Dios y los caminos para ir a Él, muchas veces distorsionados por la ignorancia o por el pecado de los hombres, el Evangelista muestra que hay una luminosa revelación del mismo Dios en la persona de su Hijo, la Palabra de Dios hecha carne. “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí*” (Jn 14, 6).

Conclusión

Los himnos analizados muestran que la obra salvadora de Dios, esperada desde el Antiguo Testamento, encuentra su cumplimiento en Cristo. Dios, el único Salvador de los hombres, ha realizado esta salvación por medio de su Hijo Jesucristo.

El himno de Efesios contempla preferentemente la predestinación de todos los hombres y, junto al hombre, toda la creación, para formar un solo cuerpo «en Cristo». Desde toda la eternidad Dios ha hecho el plan de reunir toda la creación, el hombre y el cosmos, en un solo cuerpo que tiene a Cristo como Cabeza.

El himno de Colosenses destaca más la tensión entre el único Cristo y la multitud de los seres creados, materiales y espirituales, visibles e invisibles. Todo ha sido creado por Él y para Él, así como ha sido Él quien reconcilió todas las cosas por medio de su muerte redentora. No hay ningún ser que quede excluido de su obra creadora y redentora, y Él es la Cabeza de todo lo existente.

El prólogo de Juan, finalmente, muestra que el único Dios, Creador y Salvador, se ha revelado en Cristo y a través de Él ha

establecido el diálogo con todos los hombres. Aceptar a Jesucristo como la revelación del Único Dios es la condición para poder beneficiarse de la obra salvadora.

La salvación obrada de esta manera por el Padre alcanza a todos los hombres e incluye también a todo el universo. Así como el Hijo ha intervenido en la obra de la creación, la re-creación también se realiza por medio de Él. Los textos exhiben con claridad que no hay ni puede haber un espacio para una salvación que se realice fuera de Cristo.

Luis Heriberto Rivas